

LA ILÍADA *DE SIMONE WEIL**

*Nicola Chiaromonte***

Simone Weil enfrenta el destino que en la actualidad alcanza a casi todos los fenómenos y expresiones de la mente humana. La aceptan aquellos que, por alguna u otra razón, ya estaban preparados para aceptarla –y ellos le entonan loas–, mientras que otros la admiran a la distancia; se le quiere o se le rechaza por completo; pero es muy poco lo que se le entiende y estudia. Sin embargo, esta mujer que se empeñó completamente sola, sola hasta el final, por redescubrir y vivir hasta sus consecuencias extremas una realidad que hoy en día hemos perdido totalmente, la realidad del absoluto espiritual, fue un ser humano extraordinario. Lo que ella se merece por encima de todo es que se le tome en cuenta con seriedad. El coraje inflexible de Simone Weil requiere que su obra sea considerada con la misma intransigencia que inspiró su vida.

Sobre los volúmenes que han producido diversos estudiosos católicos, tanto legos como sacerdotes, tiene una gran ventaja moral y cultural la reunión póstuma de los ensayos, artículos, notas y fragmentos de Simone Weil que Albert Camus editó para Gallimard.¹ Esta colección ofrece los escritos –todos los manuscritos de Weil en manos de su familia– como lo que son, sin ningún argumento moralista o ‘espiritual’. Es decir, se trata de la única edición de sus obras que nos permite examinarla bien y respetuosamente. El quinto tomo, *La*

* Traducción de Antonio Saborit.

** Ensayista italiano, 1905-1972.

¹ 1953, París, Gallimard.

Source grecque, acaba de aparecer.² Resulta particularmente relevante porque reúne en un solo libro sus ensayos y escritos dispersos sobre temas griegos. Simone Weil no sólo estaba inmersa por completo en la cultura griega –Grecia y los griegos, los poetas y los filósofos, fueron su aniquiladora pasión–, sino que fue su amor al helenismo el que inspiró su fervor religioso y místico y al mismo tiempo le hizo imposible aceptar el catolicismo, por cristiana y católica que ella misma sostuviera ser.

Este volumen incluye una de las obras más bellas y más profundas de Simone Weil, su ensayo sobre *La Iliada*. “*L’Iliade ou le poème de la force*” (“*La Iliada* o el poema de la fuerza”) fue escrito en 1939-40 para la *Nouvelle Revue Française*, pero apareció, en cambio, bajo el seudónimo de Emile Novis, en los *Cahiers du Sud*, en enero de 1941. Entonces lo leí por primera vez. Yo estaba en calidad de refugiado en Marsella, viviendo bajo la opresión de la victoria de Hitler sobre Francia, ese acontecimiento nauseabundo y tremendo que en ese momento se veía como si se pudiera tratar de la victoria definitiva de los ‘hombres sin rostro’ sobre las últimas esperanzas frágiles de Occidente. No sabía quién era Emile Novis entonces. Con toda seguridad el autor no era ni un académico ni un *littérateur*, sino alguien que había padecido espiritualmente y que por medio del intelecto se había purgado de la sensación de derrota que desde los últimos cuatro años pendía sobre Europa. Que esta persona quisiera y pudiera expresarse por medio de una nueva lectura de *La Iliada* era señal de que esas *humane letters* seguían siendo capaces de provocar una reflexión poderosa. En 1945, tuve algo que ver en conseguir que ese ensayo se publicara en Estados Unidos –en *politics*, la revista que editaba Dwight Macdonald– y me dio gusto ver cuán profundamente estremeció a lectores radicales en Nueva York, gente que no estaba metida especialmente con la antigua Grecia y que, según todas las apariencias, se interesaban exclusivamente en la controversia ideológica.

² Existe en español: *La fuente griega*, 1990, México, Jus, prólogo de Fátima Fernández Christlieb, 163 p. De hecho, las citas que hace Chiaromonte del ensayo de Simone Weil sobre *La Iliada* provienen de esta traducción.

El verdadero héroe, el verdadero tema, el centro de *La Ilíada* es la fuerza [...] Los que soñaron que la fuerza, gracias al progreso, pertenecía ya al pasado, pudieron ver en este poema un documento; los que saben discernir la fuerza, hoy como antes, en el centro de toda la historia humana, encuentran en él el más bello, el más puro de los espejos.

La fuerza es lo que hace de quienquiera que le esté sometido una cosa. Cuando se ejerce hasta el fin, hace del hombre una cosa en el sentido más literal, pues hace de él un cadáver.

[...]

La fuerza que mata es una forma sumaria, grosera, de la fuerza. Mucho más variada en sus procedimientos y sorprendente en sus efectos es la otra fuerza, la que no mata todavía [...] Del poder de transformar un hombre en una cosa matándolo procede otro poder, mucho más prodigioso aún: el de hacer una cosa de un hombre que todavía vive. Vive, tiene un alma, y sin embargo es una cosa. Ser muy extraño, una cosa que tiene alma. ¿Quién podría decir cómo el alma en cada instante debe torcerse y replegarse sobre sí misma para adaptarse a esta situación?

Este es el tema del ensayo sobre *La Ilíada* y cuesta trabajo no encontrarlo absolutamente relevante para un mundo en el que todo es una prueba de poderío y miedo de la fuerza que ‘no mata todavía’, hoy más que en 1940. Los pasajes del poema que Simone Weil cita son tan pertinentes, aparecen en un estilo tan sencillo y lo llevan a uno a sopesar profundamente cada palabra, que el lector queda casi convencido, conforme avanza en la lectura del ensayo, de que *La Ilíada* es un terno sobre el tema de la fuerza, la desgracia y la muerte, una especie de *Bhagavad Gita*. Al rato, desde luego, nos hace recordar a Helena, Ulises, la risa de los dioses y la sustancia y la variedad del poema. Pero esto de ningún modo nos aleja de la importancia del estudio que se nos propone.

El estudio de la fuerza es por necesidad el estudio del destino humano, de lo que es la fuerza en el mundo –en cada uno de los objetos y en cada uno de los fenómenos de este mundo– que desafía los deseos, la voluntad y la audacia del hombre. Las manifestaciones de la fuerza en el mundo natural acaso parezcan misteriosas, incomprensibles o

ciegas, sin embargo el hombre, al igual que el *roseau pensant* de Pascal, es capaz de conservar intacto su orgullo. Sólo que cuando la fuerza se manifiesta en el corazón mismo del hombre, entre un hombre y otro, en la pasión, en la injusticia o en la guerra, entonces la fuerza se vuelve una con el enigma del universo: el destino, ‘la mano de dios’, o la Providencia. La fuerza parece negar la libertad humana en el momento mismo en el que es la manifestación más estridente y recalcitrante de esta misma libertad. Pues la fuerza no sólo transforma al derrotado en una ‘cosa’. El triunfador, también, en su furia, se transforma en su víctima o en su instrumento. Lo que cierto filósofo dijera sobre la naturaleza se puede decir también de la fuerza: “Únicamente la podemos controlar obedeciéndola.” Sólo que el problema radica en que nadie es capaz de decir a dónde puede conducir esta obediencia. Tratándose de la naturaleza, es posible no exceder los límites de lo conocido; las leyes de la fuerza son igualmente ciertas, pero son tan inescrutables como ciertas. Es asimismo cierto que todo acto lleva consigo todas sus posibles consecuencias, de igual modo que es imposible conocer cuáles son las consecuencias de ese acto antes de que se manifiesten. Es una locura de parte del triunfador el llevar demasiado lejos su triunfo, pero también es tonto de su parte el detenerse antes de haber ganado. Él es el único juez del límite más allá del cual no puede pasar, y una vez dicho y hecho todo, su decisión final depende de su idea de la naturaleza de las cosas animadas como de las inanimadas, esto es, de la naturaleza del universo. En otras palabras, aquello que haga mostrará el tipo de universo con el que está jugando, el tipo de mundo en el que él cree. A partir de esta visión del universo viene el sentido del límite—en caso de que llegue—, un sentido al cual lo regula una ‘virtud’ de la cual no existe ciencia. A partir de esta visión, también, proviene la distinción entre lo que es bueno y lo que es malo. Pero como en el mito platónico de los hados, “cada cual es responsable de su propia elección: la deidad nada tiene que ver”.

Si *La Iliada* le pareció notablemente evocativo a Simone Weil en 1939-40, fue porque, debido a que la mortificaba profundamente el espectáculo de la fuerza triunfante contra todas las esperanzas de la

civilización y de la razón, encontró en Homero algo que no encontramos en todos los poemas, novelas y en la moderna teoría filosófica. Simone Weil encontró el mundo de la fuerza ‘contemplada’, un mundo en el que la desgracia del héroe derrotado y la Némesis al servicio del héroe victorioso se encuentran unidas como aspectos del mismo destino sencillo e implacable; el mundo visto “sin ninguna ficción reconfortante, sin ningún prospecto de inmortalidad consolador, sin el insípido halo de la gloria o del patriotismo”. Un destino ‘geométrico’. “Esta sanción de un rigor geométrico, que automáticamente castiga el uso de la fuerza, fue el objeto primero de meditación entre los griegos [...] La noción se hizo familiar en todos los lugares donde penetró el helenismo [...] Pero Occidente la ha perdido y ya ni siquiera tiene en sus lenguas palabras para expresarla; las ideas de límite, de medida, de equilibrio, que deberían determinar la conducta de la vida, sólo tienen un empleo servil en la técnica. No somos geómetras más que ante la materia; los griegos fueron primero geómetras en el aprendizaje de la virtud.” De ahí las líneas que cierran el ensayo: “Nada de lo que han producido los pueblos de Europa vale lo que el primer poema conocido que haya aparecido en uno de ellos. Reconquistarán quizás el genio épico cuando sepan que no hay que creer nada al abrigo de la suerte, no admirar jamás la fuerza, no odiar a los enemigos ni despreciar a los desgraciados. Es dudoso que esto ocurra pronto.”

Lo relevante de los pasajes que acabo de citar no es la enésima observación, correcta y sincera como es, de que los griegos tenían el sentido de que la medida era dictada al hombre por la naturaleza misma de las cosas y que nosotros no tenemos ese sentido. Lo relevante es la frase “No somos geómetras más que ante la materia.” Nuestras modernas mentes, por precisas y penetrantes que sean al lidiar con el mundo físico, por expertas que sean en la manipulación de las fuerzas de la naturaleza, parecen inermes ante el mundo humano, incapaces de medir, de entender o de ‘contemplar’ a la fuerza cuando la fuerza aparece en el hombre y entre los hombres.

Especular sobre esto es especular sobre la forma que los modernos le dan al universo. Es preguntar cuál es la base de su idea de lo

posible y de lo imposible, en qué creen, y qué credo, si hubiera alguno, tienen en común. Se trata de una pregunta existencial. E inevitable. Pero cualquier intento por ofrecer una respuesta teórica deja intacta la pregunta. La respuesta obvia es que el mundo moderno se aparece sin forma ante los hombres, que asimismo es vaga la idea que el hombre tiene del bien y del mal, y que no tienen un credo común, como lo demuestra ampliamente su vida en colectividad. Desde luego que si esta respuesta no fuera negativa, por principio de cuentas la pregunta no aparecería.

86 Sin embargo, aparece, y Simone Weil estuvo perfectamente en lo cierto en considerarla como la única pregunta relevante. Es una pregunta que nos abarca y que nos concierne a todos; es una pregunta ‘común’ en la acepción profunda de la palabra, común a todos los hombres; y cualquier respuesta que se pueda aplicar únicamente al individuo, ya sea teórica o ascética —o una combinación de ambas, como en el caso de Simone Weil—, no puede servir más que como un ejemplo más o menos convincente. El hombre moderno no sabe cómo contemplar o ‘geometrizarse’ la fuerza. Sólo la puede lamentar o volverla parte de una ideología, en otras palabras, tratar de poner la fuerza al servicio de ‘buenos’ usos teóricamente. Para ‘geometrizarse’ la fuerza, para contemplarla, el hombre moderno debería saber en dónde, en este mundo, acaban lo humano y lo inteligible y en dónde empieza lo divino. Debería contar con un sentido del límite sagrado: una religión que no traicione lo que el hombre sabe sobre el mundo. Más aún, esos mismos griegos tan queridos para Simone Weil nos dicen que estos temas más valía ni tocarlos.

Decidida a descubrir los elementos de una ‘geometría de la virtud’, costárale lo que le costara, Simone Weil se expuso a sí misma e inevitablemente alcanzó la soledad espiritual absoluta. Sólo que es difícil estar solo sin perder la propia lucidez.

En las últimas páginas del ensayo sobre *La Iliada* se alude por primera vez al perfil de su cristianismo, con una discreción que esta mujer desafiante habría de violar mucho más resueltamente. Se trataba de una forma extraña de cristianismo. Por un lado, ella cree que

los *Evangelios* son la expresión final de la civilización griega y que el mensaje cristiano ha sido traicionado hasta el punto que se alejó del espíritu helenístico y se entregó a la influencia abominable del judaísmo y de Roma. Por otro lado –en los ensayos ‘Zeus y Prometeo’ y ‘Dios en Platón’–, ella interpreta la tradición helénica según un espiritualismo sin freno y lo ve como una prefiguración de la cristiandad. De este modo, Prometeo se convierte ni más ni menos que en el precursor de Cristo. Extraña forma de helenismo la que conduce a traicionar a Grecia con el fin de no traicionar el aspecto griego de la cristiandad. Pero en todo caso, para Simone Weil la verdad humana del Evangelio la traicionaron incluso los primeros cristianos. Ellos cometieron el sacrilegio de considerar como una bendición la muerte de Cristo, cuando hasta el mismo Hombre-Dios no pudo sino estremecerse ante su sufrimiento y su muerte. “El hombre que no está protegido por la armadura de una mentira no puede sufrir la fuerza sin ser alcanzado hasta el alma”, exclama indignada Simone Weil. Hasta la fe que transfigura puede ser una mentira si pasa por alto la más mínima porción de humanidad. Podemos estar de acuerdo. Pero, ¿qué tipo de cristiandad es ésta?

No es ni cristiandad ni helenismo. Es la herejía solitaria de Simone Weil, la cual comienza en la ferviente angustia creada por el mal del mundo y termina en una búsqueda incansable de pureza intelectual, una búsqueda no de la vida sino de la desencarnación. Es algo parecido al último sacramento de los cátaros, en el cual, una vez destruido el cuerpo debido al hambre, el alma del hombre ‘puro’ se reunía con el Espíritu Eterno.

©ITAM Derechos Reservados.

La reproducción total o parcial de este artículo se podrá hacer si el ITAM otorga la autorización previamente por escrito.